

estos empleados en dichos cantos, para que se semejasen más á los romances antiguos. «Resta agora, decia por el autor destes cantos, satisfacer á algunos que son más amigos del *consonante* con sayo y capa que les hiriera los oídos que no del propósito de la historia, que no dexan de poner objetos en ellos, diciendo que fuera mejor compostura seguir el hilo de sus consonantes limados ó trabados (y algunos, segun V. S. apunta, lo han ya dicho). Y á estos digo que el intento deste auctor fué querer mostrar estas historias con el origen destes cantos viejos; y que toda aquella cosa que se contrahace y asimila á otra, será más perfecta quanto más se llegase ó pareciese á aquella, de quien se saca. Y assi imitando estos cantos de los nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dolados¹, les dá la auctoridad y léxos que les quitaren los consonantes trabados ó limados»². No es ya posible abrigar dudas legítimas sobre la forma primitiva de las rimas populares, debiendo por tanto ser considerado el empeño que ponen los eruditos del siglo XVI en el uso de las *asonancias*, no como una faz nueva, y sí como una restauracion de las indicadas formas.

Mas si todavia cupiese algun recelo sobre cuanto arriba manifestamos respecto de los primeros instantes de la poesía popular, nos bastaria, para disiparlo, el traer aquí la autoridad de un monumento literario del siglo XIII, en donde explicándose la diferencia que existe entre la prosa y la poesía, se dá cabal idea de las rimas imperfectas. Hablamos del *Libro del Tesoro*, obra notabilísima que procuraremos examinar en lugar oportuno, y que ya fuese debida al Rey Sabio, ya á su hijo don Sancho, en lo cual andan discordes los pareceres, no puede ser de más peso en la

¹ Dozy, que usa extremada severidad en materia de crítica (*Recherches sur l'histoire pol. et litt. d'Espagne*, pág. 695), y despues Wolf (*Studien der Spanischen und portugiesischen nationalliteratur*, pág. 325), leyeron equivocadamente *consonantes mal dotados*; y aunque esta leccion no es enteramente absurda, debieron reparar tan doctos escritores en que teniendo la voz *dolado* la significacion de *perfeccionado*, *limado*, quiso decir y dijo Alonso de Fuentes que los consonantes *mal dolados* eran los no limados, los no perfectos, esto es: los *asonantes*.

² *Loc. cit.*, ad finem, Sevilla, 1550.

materia: «La carrera de hablar en *prosa* (dice) es larga et llana, asy como es la comunal manera del hablar de las gentes; mas el sendero de hablar en *rima* es más estrecho et más fuerte, asy como que es cercado et ençerrado de muros et de setos; que quiere desir de puntos et de cuento et de cierta medida, de que ome non puede nin deue traspasar; ca el que bien quiere rimar, conviene contar los puntos et sus dichos en tal manera que sean acordados en cuento et que los unos non ayan más que los otros: et conviènele mesurar que las dos postreras syllabas sean semeiantes, et al menos la vocal de la syllaba que vá ante la postrimera; et conviene que contrapasen los acentos et las voces, asy que en las rimas se acuerden en sus acentos, ca máguier que las letras se acuerden, syn facer las syllabas cortas, la rima non será derecha, si el acento desacuerda»¹. Claro aparece en esta breve y exactísima teoria de la metrificación moderna, que aun reducido el uso de las semi-desinencias ó asonantes á los *yoglares de boca*, eran sus cantos conocidos de los doctos, no esquivando dar noticia de ellos de la misma suerte que lo hizo en las *Partidas* don Alfonso, y dos siglos despues el sapientísimo Nebrija.

Otra enseñanza no menos digna de tenerse en cuenta y relativa á las rimas antiguas, debemos á este varon respetable. Pretenden probar algunos críticos extranjeros, y entre ellos el renombrado Wolf y el diligente Dozy, que ignorando los primeros editores de los *Romanceros* que era rasgo característico de toda la antigua poesía romana ó neo-latina el considerar la asonancia femenina (grave) como masculina (aguda); en lugar de conservar las segundas, las convirtieron en femeninas por medio «del procedimiento tan sencillo como ridiculo de añadir en todas partes una *e* muda. De esta manera (añade Dozy) se escribió: *amare*, *male*, *pane*, *hane*, *Juane*, y otras mil formas que jamás existieron fuera del caletre de editores ignorantes»². Por más respetable que sea para nosotros la opinion de estos doctísimos escritores, y en especial la de don Fernando José de Wolf, que fué el

¹ Parte III, cap. X.

² *Recherches sur histoire*, etc., pág. 615.

primero en enunciarla ¹, nos será lícito manifestar que anduvieron sobradamente duros con los primeros editores de nuestros *Romanceros*, perdiendo de vista que alguna razón debían tener para proceder en tal manera, oyendo cantar frecuentemente los mismos *romances* que daban á la estampa. Á la verdad nosotros, que percibimos las armonías de la lengua castellana por lo menos tan distintamente como estos escritores, no concebimos cómo pudieron ajustarse á la misma canturía y llenar de igual suerte el contrapás ó ritmo de la música las voces *ván, usaié, delant, traen, más, naturales, ó varon, montes, nos, ciclatones, sol, taia-dores*, etc., sin que hubiera necesidad de suplir en algún modo lo que faltaba á las dicciones agudas. Y de que esto era así, prescindiendo ahora de la formación de multitud de palabras, que con el tiempo dejaron de ser graves, demás de las preciosas declaraciones del *libro del Tesoro* ya alegadas, depone el docto Antonio de Nebrija, como irrecusable testigo, cuando después de explicar los orígenes de los *piés de romances*, añadia, dados ya á conocer con oportuno ejemplo: «Puede tener este verso una sílaba menos, »quando la final es aguda, como en el otro romance:»

Morir se quiere Alexandre | de dolor del coraçon:
Embió por sus maestros | quantos en el mundo son.

«Los que lo cantan, porque hallan corto y escaso aquel último espondéo, suplen, é rehacen lo que falta por aquella figura »que los gramáticos llaman *paragoge*, la qual... es añadidura de »sílaba en fin de palabra; é por *coraçon é son*, dizen *corazone é »sone*» ². No fué pues simple ni ridículo capricho de los primeros editores de los *Romanceros*, sino deseo de ser fieles á la tradición musical de estos cantares, lo que los movió y aun obligó á transmitirlos á la posteridad, tales como llegaron á su tiempo, siendo evidente que bajo este punto de vista son merecedores de galardón, en vez de vituperio. La *e* que ha parecido á Dozy «falta grosera,» lejos de ser *muda* y por tanto de mero adorno, tiene en la historia de esta forma de la poesía popular una significación im-

¹ *Wiener Jahrbücher*, tomo 117, págs. 118 y 119.

² *Art. de la leng. cast.*, lib. II, cap. VIII.

promovido los estudios de doctos investigadores ¹. El hecho, sin embargo, es de suma importancia, confirmando la espontaneidad de esta forma en toda la Península Ibérica y ministrando nuevos argumentos contra los que por el vano anhelo de dar á luz nuevas teorías, han acudido ya á esta, ya aquella literatura, para buscar los orígenes de los *romances castellanos*. Pero no solamente hubieron de renunciar al verdadero estudio de la forma los que así procedieron, deslumbrados sin duda por algunas analogías más ó menos directas: dando por resuelta de un modo tan decisivo la cuestión artística, propiamente hablando, no se cura-

¹ El diligente cuanto malogrado Almeida Garret, honra de la moderna literatura portuguesa, formó y dió á luz un copioso *Romanceiro*, en que recogió la mayor parte de estas poesías populares, hasta ahora despreciadas de los doctos. Lo mismo ha hecho respecto de Cataluña don Mariano Aguiló, con tanto amor á las letras como perseverancia en su estudio, habiendo allegado copia notable de romances *catalanes* y *mallorquines*, algunos de los cuales llevan el sello de una antigüedad respetable. El digno profesor de la Universidad de Barcelona don Manuel Milá y Fontanals, previniendo en parte tan patriótico pensamiento, ha publicado algunas muestras de este género de poesías en lengua catalana, si bien no se descubre en todas ellas la antigüedad que en las recogidas por el señor Aguiló (*Observaciones sobre la poesía popular*, 1854). También nosotros, largo tiempo despues de hechos estos estudios, hemos recogido en los valles y montañas de Asturias no escaso ramillete de estas flores populares, dando á luz una parte, para que sean gozadas de los doctos, según en otro lugar advertimos. Y tan popular y espontánea fué esta forma en el suelo español que no la esquivaron tampoco nuestros vascos: Argote de Molina cita en efecto (*Discurso sobre la poesía castellana*, núm. V), un romance en euscaro, relativo á un acontecimiento acaecido en 1321; y aunque sólo se remonte en su forma actual al siglo XVI, en que lo recogió Esteban de Garibay, todavía este ejemplo nos induce á creer que no fué esta combinación métrica de la poesía popular española extraña á la lengua vizcaína. Comienza así:

Milla urte igarota:
Ura bere videan.
Guipuzcotarrac sartudira:
Gazteluco echean, etc.

Copiólo, con otros muchos cantares vascuences, en su peregrino libro titulado *Guipuzcoaco Dantza* don Juan Ignacio de Iztueta, pág. 103, y dió también en otros *zorcieos* inequívocas pruebas de que no es sólo el citado por Argote el *romance*, que tiene por medio de manifestación la lengua euscara.

ron ya de la filosófica. Y sin embargo, sólo siguiendo este racional sistema, y quilatando los diversos elementos que se congregan y funden en nuestro suelo, durante la época de la reconquista, y dan por resultado la España de los siglos XVI y XVII, era posible bosquejar el magnífico é interesante cuadro histórico de este linaje de poesía popular, señalando los diferentes matices, que llegan á constituir bajo una misma forma otros tantos géneros.

III.

En *históricos*, *caballerescos*, *moriscos*, *pastoriles*, y *vulgares*, pueden principalmente dividirse aquellos notables cantos, que sirviendo de constante base á la musa de la muchedumbre, revelan en su vario y maravilloso conjunto el carácter nacional, y constituyen, conforme se ha repetido muchas veces, nuestra verdadera epopeya.

Dos son las bases sobre que giran los *romances históricos*: el sentimiento religioso, y el sentimiento patriótico. Partiendo de tan purísimas fuentes, ni se descubre en ellos la amarga duda que revelan las poesías de otros pueblos ¹, ni se admite tampoco la más ligera discusión sobre los venerandos objetos que constituyen la creencia. Aquellos rústicos poetas, que llenos de noble entusiasmo, ya cantaban en el campo de batalla los triunfos de los héroes, ya en el hogar doméstico las milagrosas apariciones de los Santos, creían firmísimamente, y hubieran caminado resueltos al martirio, como sus hermanos de Córdoba, para sellar de nuevo la fé recibida de sus padres, que sustentaban con las armas. Obligados á rechazar con ellas las frecuentes invasiones del enemigo de su Dios y de su patria, rechazaban también con igual tesón cuanto podía ofender la pureza de este doble dogma; y mirando con religioso desden, ya que no con odio profundo, los supersticiosos ritos y falsas creencias de los musulmanes, se acogieron bajo el misterioso manto de la Iglesia y se fortalecieron con

¹ Véase la *Ilustración* VI.